

Recordar, compartir, aprender

## Murcia

Ángeles Sánchez Carrero, 67 años

Bienvenida Sánchez Sánchez, 26 años

### LA VIDA AL LÍMITE DE ÁNGELES

Ángeles es una superviviente de su generación. Mujer, trabajadora, esposa, madre y abuela: facetas en las que Ángeles se reconoce y me consta que no ha descuidado ninguna de ellas. Toda su vida tiene un punto de cohesión, que es el compromiso con los demás, con el ser humano.

Ángeles me recibe en su casa con la puerta abierta. En ella se respira un ambiente muy acogedor: colores claros, una distribución ordenada, fotografías familiares. Sin darnos cuenta, los saludos dan paso a una confortable tertulia llena de anécdotas y recuerdos. La que iba a ser una entrevista entre dos personas termina siendo la primera cita de varios encuentros donde las conversaciones se desarrollan con naturalidad y afecto.

La infancia de Ángeles nos lleva hasta Cabo de Gata, su localidad natal. Tierra entonces de carros, fondas y alpargatas de pita. Fue allí mismo, en la casa familiar, donde Ángeles nació. Contaba tres años de edad cuando la familia se trasladó a Chaouen, en Marruecos. Su padre, carabinero en aquella época, había sido ascendido a Sargento de Infantería y, posteriormente, destinado a esta bella ciudad del país africano. “Fueron unos de los años más felices de mi vida”, recuerda Ángeles con nostalgia. “Aunque no eran tiempos fáciles, allí no llegamos a pasar necesidades. Vivíamos en un Cuartel de la Guardia Civil, me pasaba el día con mis amigas marroquíes y españolas. En invierno veía la nieve y en verano la playa quedaba cerca”. Ángeles evoca de manera muy especial estos años y revive con intensidad recuerdos en los que aparece una intensa vegetación de encinares y cedros, los nevados montes del Rif, niños correteando y los hermosos caballos del cuartel.

Después de diez años en Chaouen, el padre solicitó el reemplazo voluntario y la familia se trasladó a Murcia. Durante estos años en Marruecos el hogar había crecido, ahora eran ocho hermanos y Ángeles ocupaba el segundo lugar, lo que directamente le otorgaba responsabilidades impropias para su edad. “Cuando vinimos a Murcia se fastidió todo. No teníamos sustento. Me tocó criar a mis hermanos. Me sacaron del colegio para ayudar a mi madre. Me colgaban a los pequeños en la espalda y yo jugaba con los niños a cuestras. También trabajaba en casa, compraba en la plaza, cambiaba pañales, sacaba agua del pozo para lavar...”.

El padre de Ángeles compaginaba su carrera militar con un trabajo de bedel en la Escuela de Magisterio de Murcia, lugar en el que la familia se instaló. Ninguno de los hermanos tuvo la posibilidad de estudiar pues, en una ocasión y con carácter rotundo, el padre sentenció: “Mis hijos no sirven para estudiar”. Ángeles añade en tono confesional: “Mi padre se gastaba el poco dinero que teníamos en cupones de lotería y en queso de Roncal, pero en sus hijos, nunca”. En esta situación, Ángeles comenzó a trabajar a los 15 años en un laboratorio de material sanitario, y también se encargaba de la limpieza de la Escuela. Con lo que le pagaban, su madre compraba ropa a sus hermanos pequeños. “Para ir al trabajo me levantaba a las seis de la mañana, caminaba varios kilómetros y por el camino tomaba un pedacito de pan y una onza de chocolate”, aclara Ángeles.

Por esa época, Ángeles conoció a su marido, José Luis. “Yo tenía 15 años y él 17. Fue mi primer novio y el único hombre que he conocido. Fui muy feliz con él...”, comenta emocionada. Cuando Ángeles dejó la casa de sus padres para casarse se sintió realmente liberada. El joven matrimonio formó una familia de cuatro hijos en una pedanía situada a unos tres kilómetros del centro de Murcia, Puente Tocinos. Pero las circunstancias hicieron que su vida sufriera un fuerte cambio por la repentina muerte de José Luis. Ángeles se quedó viuda con cuatro hijos, unos adolescentes y otros aún niños. Gracias a su fortaleza interior y la voluntad de retomar las riendas de su vida, se adaptó a la nueva situación y encontró un nuevo trabajo. Tuvo que rehacer su vida en solitario y con el dolor del luto a cuestras.



Ángeles comenzó a trabajar en una gran labor social, el Servicio de Ayuda a Domicilio. Ella, su hermana y “unas cinco mujeres separadas y con muchos problemas”, aclara Ángeles, fueron las pioneras en este servicio. “A mí me ha salvado la Ayuda a Domicilio. Entré en el servicio veinte años después de dejar de trabajar. En ese tiempo pude criar a mis hijos. Ellos no querían que yo trabajase, pero nos hacía falta el dinero. Me levantaba a las seis de la mañana para dejar la comida hecha y la casa recogida. He trabajado en Zarandona, Santa María de Gracia, el Polígono de la Paz, el Carmen, La Arboleja, Rincón de Seca... Me perdía por los carriles de la huerta y comía por la calle mientras iba andando hacia las casas que tenía que atender. Después del trabajo nos desplazábamos a Cartagena, Lorca, Totana... para seguir formándonos. Siempre iba caminando a contrarreloj...”. Ángeles me cuenta la dureza de su trabajo y la total entrega que ella ha sentido siempre por los demás. “He trabajado con esquizofrénicos, la gente no quería atenderlos. Me daban los casos más duros porque me entregaba a ellos del todo. He atendido a gente en la cama en situaciones indescriptibles. Gente que pasaba el fin de semana sin que les cambiaran los pañales”.

Hoy todavía sigue corriendo. Entonces cuando se da cuenta, se para y recuerda que está jubilada. Pero su labor por los demás aún no ha acabado. Tiene un nieto de cinco años que padece un daño cerebral y al que Ángeles y su hija se entregan en cuerpo y alma en su tratamiento y recuperación. “Hemos ido con Daniel a Barcelona, a Cuenca, a Madrid... para que le hagan rehabilitación y a que lo estimulen. Ahora queremos llevarlo a Alemania a que le hagan un tratamiento especial. Ése es mi sueño”.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Ésta es la historia de Ángeles, una mujer que ha vivido entregada a los demás y que vive con la mirada puesta en el futuro.

Para ella ha sido muy importante no mirar nunca hacia atrás. La muerte de su marido fue un duro trance que superó gracias a su fuerza interior y al cariño y apoyo de sus hijos. Me aconseja que “la vida hay que aceptarla tal y como es, y que debemos ser felices con lo que nos ha tocado”. Aunque es importante fijarse metas, también debemos estar atentos a nuestro alrededor, pues las oportunidades están en todas partes. Gracias a su trabajo en el Servicio de Asistencia Domiciliaria, que la mantenía ocupada todo el día, fue superando la pérdida de su esposo. Su trabajo le ha llenado en todos los sentidos, “ayudar a los demás no es sólo algo bueno para la sociedad, sino que te llena espiritualmente”, aclara con una fuerza incontenible. En la vida vamos a caer muchas veces, hay que ser tenaz, aprender de los errores y levantarse.

Ángeles posee una energía arrolladora que hoy emplea con todas sus fuerzas en ayudar a su nieto Daniel, de cinco años, aquejado de un grave daño cerebral. Ángeles no puede parar: un nuevo reto le espera.